El hombre José Luis Aranguren

Pedro Laín Entralgo

Cuando se quiere hablar de un hombre es obligación primaria distinguir entre su *quién* y sus *qués*. Los *qués* atañen a los diversos modos en que objetivamente ese hombre ha realizado su vida; modos que por su índole pueden ser biológicos (ser varón o mujer, grueso o flaco, rubio o moreno), sociales (ser soltero o casado, abogado o sastre, cazador o socio del Real Madrid) e históricos (vivir en la Atenas de Pericles o en la Europa del siglo XX, ser español o francés, actuar como hombre de derechas o como hombre de izquierdas). A diferencia de los *qués*, el *quién* de un hombre atañe a su ser íntimo, a lo que como titular, autor y actor de su vida es él.

Hechas estas obvias, pero ineludibles consideraciones previas, me preguntaré por el hombre de que me propongo hablar. ¿Qué ha sido, qué es José Luis Aranguren? Todos lo sabemos: es un varón cenceño, más o menos calvo y más o menos miope; padre de familia, filósofo, escritor, conferenciante y habitante de Madrid; ha sido profesor en activo y profesor expulsado... Varias notas más añadirán sus biógrafos; y por añadidura nos dirán lo que según esas líneas de su vida ha hecho y cómo ha sido padre de familia, filósofo, escritor y todo lo demás. Pero yo no me propongo ahora ser biógrafo de José Luis Aranguren, ni en consecuencia describir los *qués* de su vida; yo quiero preguntarme *quién* es, en cuanto autor de esos *qués*, José Luis Aranguren, la persona que hasta hoy ha sido y ha hecho todo eso. Y viéndole hoy, en su activa y lozana, juvenil senectud, previamente debo preguntarme si él, mirándose a sí mismo, podrá decir lo que de sí mismo decía don Miguel de Unamuno cuando, ya varón maduro, visitó la vivienda bilbaína en que había transcurrido su mocedad:

No logro asir aquel que fui, soy otro...
[...]

Se me ha muerto el que fui; no, no he vivido.
Allá entre nieblas,
del lejano pasado entre tinieblas,
miro como se mira a los extraños
al que fui yo a los veinticinco años.

Mirando al autor de *Catolicismo día tras día* y de su *Ética*, ¿dirá de sí mismo algo semejante a lo que esos versos confiesan, el pensador y el crítico que hoy sigue llamándose José Luis Aranguren? Pasando del plano de la confesión al plano de la teoría, yo pienso, por lo pronto, que, pese a la innegable sinceridad de sus palabras, Unamuno no tenía, no podía tener razón. Salvo los pacientes del estado morboso que llamamos despersonalización —acaso también ellos—, los hombres son siempre «ellos mismos», por hondos y graves que puedan ser sus cambios; una crisis de sus creencias básicas, por ejemplo. Pero, independientemente de lo que yo piense, el propio José Luis Aranguren ha escrito hace bien poco: «me doy perfecta cuenta de mis cambios, de que no soy *lo mismo* que hace veinte años, pero también me doy cuenta de que sigo siendo *el mismo*». *Idem sed aliter*, «el mismo, pero de otro modo», decían los antiguos para definir con la máxima concisión lo que en un hombre es identidad personal y lo que es cambio biográfico; *aliter sed idem*, «de otro modo, pero el mismo», cabe decir cuando es la propia mismidad, la identidad personal, lo que frente a los cambios biográficos se desea poner sobre el pavés. Este es el sentido del breve texto autobiográfico que acabo de transcribir. Lo traduciré al lenguaje antes empleado: «Aunque el modo y el contenido de los *qués* de mi vida hayan cambiado —afirma Aranguren—, mi *quién* ha sido y sigue siendo el mismo».

Aquí comienza el problema, mi problema; los problemas y mis problemas, más bien. ¿Cómo puede y debe entenderse el hecho de que el *quién* de una persona, la íntima identidad de su ser, siga siendo el mismo, pese a los cambios, a veces hondos, en los *qués* en que se realiza? ¿Cuál es la secreta realidad de ese *quién* transfactual de la persona? Y puesto que al *quién* de una persona sólo puede accederse a través de lo que en su vida hace —sus expresiones, sus acciones, sus obras—, a través, por tanto, de sus sucesivos y cambiantes *qués*, ¿de qué manera y en qué medida puede ser conocido?

Como Don Quijote, toda persona puede decir «yo sé quién soy». «Nadie sabe lo que pasa en el hombre, si no es el espíritu del hombre que existe en él», escribió San Agustín. Don Quijote fue más allá, porque su sentencia no se refería a «lo que en él pasaba», sino a «lo que él era»; y acaso se excediera un punto con ella, puesto que todo hombre puede llegar a ser algo que antes no podía saber ni sospechar. El tan repetido precepto del oráculo de Delfos —«Conócete a ti mismo»— es a un tiempo un deber y una utopía. Pero aun moviéndose, sin saberlo, en el plano de la utopía, Don Quijote no estaba loco al decir de sí mismo lo que dijo. El problema, mi problema, consiste en saber si la locura estará, no en afirmar «yo sé quién soy», sino en decir «yo sé quién eres». Con otras palabras: en saber si es o no es demasiado absoluta la tajante negativa de San Agustín: «Nadie sabe lo que pasa en el hombre...». Sin que él deliberadamente me lo diga, ¿acaso no puedo saber algo de lo que pasa en el alma de mi prójimo?

La razón de ser del género biográfico —cuando la biografía, claro está, es lo que debe ser; cuando no se limita a contar acciones y a copiar decires del biografiado— lleva consigo cierta atenuación del rotundo aserto agustiniano. Aun cuando nunca pueda rebasar el área de la conjetura, el biógrafo puede conocer y expresar, si no todo el *quién* del biografiado, que esto sólo Dios puede hacerlo, y por eso es Dios, sí, al

menos, algo de ese *quién*. Cabe establecer la siguiente gradación: Dios conoce —y, como solía decir Zubiri, se lo calla— *todo* lo que cada hombre es; cada hombre conoce *mucho* de lo que él es, pero no todo lo que es; por la vía de la observación, la conjetura y la creencia, el buen observador y el buen biógrafo —el observador y el biógrafo que saben comprender rectamente los varios y sucesivos *qués* de la vida de un hombre— llegan a conocer *algo*, acaso mucho, de lo que ese hombre es. Sólo para Dios, tal como los hombres nos lo representamos, no es misteriosa la realidad de un hombre. En mayor o menor medida, menor para el buen analista de sí mismo, mayor para quienes desde fuera le contemplan, para todos los demás es y no puede no ser misteriosa esa realidad. El intento de conocer un *quién* lleva en su seno la osadía de penetrar en un misterio que nos rebasa y no nos pertenece. Cuando el término del conocimiento es una persona, conocer es, en cierta medida, profanar. Sólo el amor, en cualquiera de sus formas, puede hacer lícita esa esencial profanación; sólo por obra del amor, en consecuencia, deja de ser profanadora y despiadada la convivencia humana. «Esa gran desalmada», llamó Ortega a la sociedad; y no sólo por oponerse a la tesis romántica de la *Volksseele* o «alma del pueblo» tenía razón.

El observador, el biógrafo, ¿cómo pueden pasar del *qué*, de lo que una persona hace, al *quién*, a lo que una persona es? En mi opinión, sólo hay un método: adivinar, desvelar lo que de invariante haya en la estructura y en la intención de los varios y sucesivos *qués* con que la realidad de un hombre se manifiesta y constituye. Sentado lo cual, vengamos —por fin— a lo nuestro, y preguntémonos: en los varios y sucesivos *qués* de la vida de José Luis Aranguren, por tanto, en el fondo del «no soy *lo mismo*, pero sigo siendo *el mismo*» que antes transcribí, ¿qué intención invariante podemos descubrir, de tal manera que nuestro conocimiento de ella no sea profanación?

Cediendo al hábito notariesco, diría Unamuno, que tan esencialmente pertenece el estilo profesoral —hábito que necesariamente lleva consigo la esquematización; mal notario y mal profesor serán los que, además de describir y comprender, no sepan esquematizar—, reduciré a cuatro notas cuanto de invariante veo yo en la intención y en la conducta de José Luis Aranguren, allende sus cambios, y por consiguiente en el meollo permanente de su persona: la sutileza, la independencia, la ironía y la bondad.

Sutil ha sido, es y será Aranguren. Puesto que doctor es, bien podría llamársele, como a Escoto, *doctor subtilis*. Agudo, perspicaz e ingenioso es el hombre sutil, según el diccionario de la Academia. Es cierto; como también lo es que esos tres epítetos pueden y deben ser aplicados a la realidad transfactual del hombre José Luis Aranguren, y por consiguiente a lo que de invariante hay en la intención de sus varios *qués* sucesivos. Pero en la perspicacia y la agudeza del hombre sutil cabe distinguir dos modos muy distintos entre sí: el modo disectivo y el modo circunscriptivo.

Es disectiva la sutiliza del que, como reza una frase tópica, es capaz de cortar un pelo en cuatro; el que sabe distinguir, a veces con artificio, partes o modos diferentes en lo que a primera vista no parece tenerlos. La distinción de partes en la masa o en el seno de lo aparentemente indistinto es mera disección, como la del anatomista que con su escalpelo aísla las fibras de un músculo. Para el conocimiento de las realidades materiales, tal vez sea suficiente ese modo de la sutileza; para el conocimiento de los entes intelectuales, estéticos y éticos no. Para conocer lo que son la sensación, la belleza y el deber, no basta con discernir los varios modos de la sensación, la belleza y el deber; es preciso situar a la sensación, a la belleza y al deber en el marco de todo lo que humanamente tiene o puede tener relación con aquéllas y éste; ejercitar, por tanto, una sutileza circunscriptiva, cuidadosamente atenta al entero y cabal contorno de lo que se aspira a conocer. Los griegos iniciaron este modo superior de ser sutil.

La sutileza del sutil José Luis Aranguren es, o así la veo yo, tanto disectiva como circunscriptiva. Léanse con atención sus escritos, desde *Catolicismo y protestantismo como formas de vida* y *Ética* hasta sus actuales reflexiones sobre las virtudes y los vicios de la vida cotidiana, y pronto se me dará la razón. Bajo su variación, bajo sus cambios, la permanencia de esa doble sutileza es evidente.

No hacen falta mucha perspicacia y mucha penetración para descubrir la independencia de Aranguren. En Baroja vio Ortega «un fondo insobornable»; en Aranguren todos pueden verlo.

Conviene, sin embargo, no confundir la dependencia con el compromiso. Uno puede ser independiente y hallarse comprometido. Hay personas que por la razón que sea, la comodidad, la cobardía o el egoísmo, procuran y afirman su independencia no comprometiéndose, no *mojándose*, como ahora es tópico decir. «Yo no me meto en política», «De religión, no me hable usted» y «Allá ellos» o «Allá ustedes» son otros tantos ejemplos de la habitual aspiración a una independencia no comprometida ni solidaria. Pero frente a esa independencia, más insobornable que ella, hállase la de quienes simultáneamente sienten dentro de sí tanto el deber de comprometerse en las causas que estiman justas, de ser solidarios con aquellos a que de uno u otro modo esas causas afectan, como el derecho a no comprometerse más que en aquello que quieren y del modo como quieren. Hace muchos años confesó Aranguren querer ser «solitariamente solidario y solidariamente solitario»; modo conciso y elegante de expresar la compatibilidad entre la independencia y el compromiso. De Miguel Ángel escribió Condivi, su primer biógrafo, que el genial artista vivía *non essendo mai men solo che quando era solo*. Cada cual a su medida y a su modo, así viven todos los independientes que quieren y saben comprometerse.

Alguien objetará que la independencia así concebida y así practicada puede llevar en su entraña una veta de arbitrariedad, acaso de capricho. Es cierto. No es difícil advertir en torno a uno la existencia de personas arbitraria o caprichosamente comprometidas. ¿Cómo evitar ese riesgo? Más concretamente: en la medida en que tal evitación sea posible —delicado tema, saber dónde empiezan y dónde acaban las causas en las que uno deba comprometerse—, ¿cómo la ha logrado José Luis Aranguren? Luego daré mi respuesta.

Con el don de la sutileza y el afán de

José Luis L. Aranguren
El buen talante

la independencia, el hábito de la ironía. Rasgo este no fácil de definir, porque hay no pocos modos de entender lo que la ironía es.

En esencia, ¿qué es la ironía? ¿Es, como para Sócrates fue, un fingir que no se sabe, para discutir con el que cree saber? ¿Es una manera disimulada de jactarse, una vanidad hábil y sutilmente ocultada por el irónico, como pensaron Aristóteles y Santo Tomás? ¿Es no tomar nada en serio, porque no es posible reducir la Naturaleza al Espíritu y el Espíritu a la Naturaleza (Fr. Schlegel), o una manera resignada y ligera de tomarlo todo en serio, porque, cuando bien se mira, en todo se manifiesta esa imposibilidad (K.F. Solger)? ¿Es dudar aceptando la duda, como vino a pensar Kierkegaard, o fingir sin dolo que es lo que debiera ser, como afirmó Bergson, o no despreciar las fórmulas evitando a la vez la superstición de ellas, como Eugenio d'Ors sostuvo? ¿Qué es la ironía, si queremos dar este mismo nombre a la ironía amarga de Quevedo, a la ironía compasiva de Cervantes y a la ironía intelectual de Gracián? Todo ello, ¿no obligará a distinguir, con Ferrater Mora, entre una ironía deformadora, la del que se complace en el juego de descoyuntar la realidad, y una ironía reveladora, la del que aspira a comprender mejor lo real? La ironía ¿es, como otras veces he dicho yo, el modo inteligente y lúdico de manifestar nuestra limitación ante lo que ocasional o esencialmente nos rebasa, a diferencia del dogma, modo creencial y grave de expresarla? ¿Acaso no tiene en esto su raíz la función social de la ironía: corregir lúdica y lúcidamente la falsedad, la desmesura y la engolada seguridad de los no irónicos?

Empresa tentadora sería indagar si esta fórmula mía puede dar alguna razón de esa pléyade de opiniones más o menos discrepantes, pero en ningún caso inconciliables. Acaso lo intente alguna vez. Ahora quiero limitarme a decir lo que todos saben: que la ironía es rasgo esencial en la vida literaria y social de José Luis Aranguren, y a señalar cómo la suya difiere de otra, que sólo a título de ejemplo escogeré, la de Antonio Machado.

Dejemos a un lado la realidad divina —el Dios que entre la niebla siempre iba él buscando, el Cristo que anduvo sobre el mar—, ante la cual nunca quiso don Antonio ser irónico. Atengámonos tan sólo a las realidades humanas demasiado humanas. Dos órdenes cabe distinguir en ellas, desde el punto de vista de la ironía machadiana. A un lado, los individuos y los tipos sociales que sólo irónicamente pueden ser descritos y tratados, los dominadores a favor de la convención injusta y la farsa social; don Guido, por ejemplo. A otro lado, las personas de quienes sólo con amor, devoción y un punto de ternura sabe y quiere hablar el poeta: el «viejo y distinguido señor» de uno de sus poemas, el «buen amigo» Jose María Palacios, el «dulce amigo» Xavier Valcarce. En Antonio Machado, la dicotomía entre lo ironizable y lo no ironizable es evidente.

A este propósito, ¿no existe una sutil diferencia entre la ironía machadiana y la ironía arangureniana? A mi juicio, sí. La hay porque Aranguren, capaz de sentir en su intimidad la ternura —dejemos aparte, como en el caso de Antonio Machado, la veneración ante lo numinoso—, sólo en muy contados, excepcionales casos la manifiesta; en los restantes, casi todos, lucha interiormente por no expresarla, y el expediente consiste en añadir unas gotitas de ironía, como jugando benevolentemente a la leve malevolencia, a lo que dice o a lo que escribe.

Lo cual nos conduce derechamente a la cuarta de las notas que en el *quién* de José Luis Aranguren, en la intencionalidad transfactual y permanente de su cambiante vida, estoy tratando de descubrir y comprender: la bondad. Más precisamente, puesto que hay no pocos modos de ser bueno, el modo de la bondad en la persona de Aranguren.

Todos hemos leído, oído y repetido cien veces la declaración autognóstica de Antonio Machado: «Soy, en el buen sentido de la palabra, bueno». Habría, según el poeta, dos modos de ser bueno: uno en el buen sentido y otro en el mal sentido de la palabra. ¿En qué consisten uno y otro? Daré mi respuesta. En el mal sentido de la palabra es bueno el que por blandura de ánimo todo lo acepta, a todo se aviene. Dicho de otro modo: aquel en quien no se sabe bien dónde acaba la bondad y empieza la tontuna. Y es bueno en el buen sentido de la palabra el que procura hacer el bien —el bien simple y puro y el bien para alguien, según la distinción de Aristóteles— y, sin ceder en aquello a que a su juicio no debe cederse, tiene el hábito de esforzarse por comprender y respetar las razones de quienes de él discrepan.

Bueno en el buen sentido de la palabra es José Luis Aranguren. En el orden de la vida privada bastaba haber visto, para así afirmarlo, su tierna conducta cotidiana con un minusválido de su familia; y en el orden de la vida social, su constante militancia en favor de los débiles y los marginados, cualquiera que sea el color corporal o ideológico de éstos. La sentencia clásica *parcere subiectis, debellare superbos*, también a la conducta de Aranguren pertenece. Pero cada cual es bueno en el buen sentido de la palabra a su personal manera, y sólo teniendo en cuenta las tres restantes notas de su *quién* —la sutileza, la independencia y la ironía— llegará a entenderse cabalmente la radical y singular bondad del hombre José Luis Aranguren.

Resumo y termino: los varios *qués* en que la persona de José Luis Aranguren se realiza y manifiesta —el pensador, el escritor, el conferenciante, el profesor en activo, expulsado y repuesto, el padre de familia, el *homo ludens*—, y los cambios acaecidos en su intimidad y en su biografía, tienen como fuente y fundamento un *quién* cuyos rasgos principales son la sutileza, la independencia, la ironía y la bondad. Que por muchos años siga yo viéndole así.